

¿De quién es la competencia simbólica sobre el cuerpo?

MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

Palabras clave:

Cuerpo, competencia simbólica sobre el cuerpo, política de las mujeres, madre, albigense, hostia consagrada, Presencia Real de Cristo, procreación, maternidad, origen del cuerpo humano, autoría de los cuerpos.

La pregunta en torno al cuerpo es una pregunta política. Políticas, sin embargo, hay dos. Una es la del poder social, la más conocida, la que busca por todos los medios controlar los cuerpos porque, para ella, el poder es, ante todo, poder sobre los cuerpos. La otra política es la política de las mujeres, una política en la que el cuerpo es de quien lo recibe, de quien lo es, porque el cuerpo es, en esta política, un don de la madre. Estas dos políticas coexisten en cada vida humana, en cada sociedad, en cada comunidad de hablantes, con frecuencia en una convivencia difícil y siempre necesitada de la invención de mediaciones históricas nuevas que hagan esa convivencia verdaderamente política, es decir, no violenta. En la Europa medieval, la Iglesia cristiana introdujo un error de epistemología en la vivencia común del propio ser cuerpo. Lo hizo promulgando el dogma de la Presencia Real de Cristo en la hostia consagrada en la eucaristía en una sesión del IV Concilio general de Letrán de noviembre del año 1215, en plena cruzada contra la religión catara o albigense. Decía este dogma que Cristo está verdadera, real y substancialmente presente en el sacramento de la eucaristía. El Concilio de Trento (1543-1563) completó el dogma de la Presencia Real con otro muy parecido, el de la Transubstanciación. Ambos dogmas cristalizaron creencias cruciales del cristianismo desde sus orígenes, creencias que afectaban a la competencia simbólica sobre el cuerpo. En realidad, las palabras del dogma de la Presencia Real son un trasunto o caricatura elegante de la maternidad. A la manera en que la alquimia se propuso adueñarse de los procesos de transmutación de la materia, los sistemas masculinos de poder tienen históricamente —y también hoy— un interés grande por adueñarse de la procreación, de la maternidad, del origen del cuerpo humano. De ese cuerpo que la madre regala, regalo que es el fundamento de otra política, la política de las mujeres. La historia social ha estudiado a fondo durante el siglo XX los numerosos movimientos antijerárquicos que cuestionaron el poder de la Iglesia. Pienso que en la raíz de los movimientos antijerárquicos está la conciencia de la importancia para la vida humana de la competencia simbólica sobre el cuerpo. Por eso, junto al dato del contenido antijerárquico de esos movimientos, aparecen una y otra vez otros datos, aparentemente inconexos, como el de cuestionar la capacidad del clero para consagrar la hostia y el de negar la presencia real de Cristo en la eucaristía. Los tres noes —a la jerarquización, a la consagración y a la presencia real— van, sin embargo, juntos, siendo expresiones del mismo rechazo de la pretensión del cristianismo de arrogarse la autoría de los cuerpos y la competencia simbólica sobre ellos, atribuyéndoselas al Dios padre y creador que, en realidad, usurpa la obra de cada madre.

Who has symbolic competence over the body?

MARIA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

Key words:

Body, symbolic competence over the body, politics of women, mother, albigense, consecrated host, Real Presence of Christ, procreation, maternity, origin of the human body, authorship of bodies.

The question in relation to the body is a political one. Politics, however, there are two of. One is of social power, the most well-known, the one that seeks in all ways to control bodies because, for it, power is, before everything else, power over bodies. The politics is the politics of women, a politics in which the body is of the one that receives it, of who it is, because the body is, in this politics, a gift from the mother. These two politics co-exist in each human life, in each society, in each community of speakers, often in a difficult shared living, and always in need of the invention of new historical mediations that make this shared living truly political, that is, not violent. In medieval Europe, the Christian Church introduced an epistemological error into the shared experience of the self as body. It did so by passing the dogma of the Real Presence of

Christ in the consecrated host in the Eucharist at a session of the Fourth General Council of Lateran in November, 1215, in total crusade against the Cathar or *Albigense* religion. This dogma said that Christ was, true, real and present in substance in the sacrament of the Eucharist. The Council of Trent (1543-1563) completed the dogma of the Royal Presence with another very similar one, that of the Transubstantiation. Both dogmas crystallised crucial beliefs of Christianity since its origins, beliefs that affected the symbolic competence over the body. In reality, the words of the dogma of the Royal Presence are a copy or elegant caricature of maternity. In the same way that alchemy set out to become the owner of the transmutation of matter, the male systems of power had historically -and today too- a great interest in becoming the owners of procreation, of maternity, of the origin of the human body. Of that body that the mother makes a gift of, a gift that is the foundation of another politics, the politics of women. Social history has studied in depth during the twentieth century the numerous anti-hierarchical movements that questioned the power of the Church. I think that at the root of the anti-hierarchical movements is the awareness of the importance for human life of symbolic competence over the body. Because of this, together with the fact of the anti-hierarchical content of those movements, there appear again and again other facts, apparently unconnected, like that of questioning the capacity of the clergy to consecrate the host and that of denying the real presence of Christ in the Eucharist. The three nos —to hierarchy, to consecration and to the real presence— go, however, together, being expressions of the same rejection of the pretension of Christianity to take for itself the authorship of bodies and symbolic competence over them, attributing them to God the father and creator, which in reality, usurps the work of each mother.